



História da Historiografia: International
Journal of Theory and History of
Historiography

E-ISSN: 1983-9928

historiadahistoriografia@hotmail.com

Sociedade Brasileira de Teoria e História
da Historiografia

Adamovsky, Ezequiel

¿Un “revisionismo popular”? Criollismo y revisionismo histórico en Argentina

História da Historiografia: International Journal of Theory and History of Historiography,
vol. 10, núm. 24, agosto, 2017, pp. 77-96

Sociedade Brasileira de Teoria e História da Historiografia
Porto Alegre, Brasil

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=597769324006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

¿Un “revisionismo popular”? Criollismo y revisionismo histórico en Argentina

A “popular revisionism”? Criollismo and historical revisionism in Argentina

Ezequiel Adamovsky

e.adamovsky@gmail.com

Profesor

Universidad Nacional de San Martín y Universidad de Buenos Aires

Camarones, 2025

1416 - Buenos Aires

Argentina

Resumen

Desde sus inicios hasta su declive como fenómeno de circulación masiva, el criollismo ofreció un marco propicio para la formulación de miradas críticas respecto de las narrativas de la historia nacional que difundía el sistema escolar. La romantización del gaucho con frecuencia se combinó con la reivindicación de las montoneras federales y de algunos caudillos y con la condena de ciertos episodios como la Conquista del desierto o la Guerra del Paraguay. Vector de memorias populares y productor de nuevas visiones sobre el pasado, el criollismo es analizado aquí en sus posibles relaciones con el “revisionismo histórico” generado en el campo intelectual, concluyendo que se trata de un fenómeno cultural previo e independiente que pudo haber tenido una influencia directa en los intelectuales de ese movimiento.

Palabras-clave

Cultura historiográfica; Formación histórica; Historia de la historiografía.

77

Abstract

From its inception to its demise as a mass-culture phenomenon, the *criollismo* offered a fertile soil for criticism on the State versions of Argentine history, as they were taught in the local schools. The romantic celebration of Gauchos often appeared combined with the vindication of the Federal party warriors and 19th century Caudillos, and with the condemnation of certain episodes, such as the extermination of the indigenous peoples and the war against Paraguay. As a vector of popular memories and producer of new visions of the past, *criollismo* is analyzed in its possible connections with the school of historians that presented ‘revisionist’ visions of the past in the 1930s, concluding that they must be considered as an independent phenomenon — although connected in diverse ways —, including the possibility of the former influencing the latter.

Keywords

Historiographical culture; Historical formation; History of historiography.

Recibido el: 14/10/2016

Aceptado el: 28/6/2017

La historiografía argentina nació con la obra de Bartolomé Mitre. La narrativa que él propuso otorgaba un protagonismo central en la independencia y en el progreso nacional a la burguesía de Buenos Aires y a los políticos de esa ciudad. En cambio, el espacio rural y las provincias del Interior aparecían como sitio del localismo estrecho, del atraso y de una democracia turbulenta e inorgánica que sólo encontraría canalización institucional gracias al impulso porteño. Los caudillos del partido federal (enemigos de los unitarios a los que Mitre ensalzaba) aparecían o bien ignorados, o bien considerados en términos fuertemente negativos. Algunos historiadores complejizaron o cuestionaron parcialmente este relato en vida de su autor. Sin embargo, la interpretación de Mitre y el panteón de héroes y villanos que él propuso tuvieron una influencia incuestionada y perdurable en el sistema escolar al menos hasta mediados del siglo XX. Ese influjo se vio reforzado por las poderosas imágenes que aportó Domingo F. Sarmiento en su *Facundo* (1845), que contaba la historia argentina como una lucha entre “civilización” y “barbarie” en la que las clases letradas urbanas (especialmente las porteñas) y lo europeo representaban el polo positivo, y las clases plebeyas criollas, el espacio provincial y los caudillos federales el negativo. Autores como Vicente Fidel López o Juana Manso, también de gran presencia en el ámbito escolar, abonarían ese tipo de visiones, reforzadas luego los intelectuales positivistas del cambio de siglo. De este modo, no sólo Juan Manuel de Rosas sino también caudillos como José Artigas, Estanislao López, Francisco Ramírez, Facundo Quiroga, Ángel “el Chacho” Peñaloza (y por supuesto sus huestes montoneras) aparecieron como los villanos de la historia nacional (BUCHBINDER 2005).

Frente a tales visiones se erigió un “revisionismo histórico” que buscó reivindicar el papel de los caudillos federales y de las masas rurales y provinciales y llegó a proponer una verdadera contrahistoria, denunciando la de cuño mitrista como una “falsificación” al servicio del imperialismo y de las élites locales. Aunque reconociendo algunos antecedentes incluso de fines del siglo XIX, los especialistas han tendido a situar el momento decisivo de surgimiento del revisionismo en torno de 1934, año de aparición de obras y de iniciativas que marcaron un parteaguas en el debate sobre la historia nacional. El contexto cultural de esa época es fundamental en la explicación. Por entonces el liberalismo se encontraba en su momento de máximo descrédito. La crisis económica, que había golpeado fuertemente a la Argentina, convocaba a un reexamen de su curso histórico, volviendo a los intelectuales más receptivos a las ideas de derecha que proliferaban en Europa. Desde esta explicación, el revisionismo sería sobre todo un movimiento iniciado entre intelectuales de la derecha nacionalista y antiliberal que, influidos por Maurras, imaginaban en el pasado un proyecto de nación autóctono y un orden social orgánico –encarnado en Juan Manuel de Rosas, caudillo bonaerense y la autoridad dominante del país entre 1835 y 1852– que luego sería frustrado por el imperialismo y las élites liberales. En este sentido, como apuntó Halperín Donghi, se trataba de una visión “decadentista” de la historia (HALPERIN DONGHI 1996; DEVOTO; PAGANO 2009; GOEBEL 2013; CATTARUZZA; EUJANIAN 2003). Matizando esta visión, varios autores señalaron que había habido esfuerzos previos por

recuperar la figura de Rosas no necesariamente asociados a un pensamiento antiliberal. Diana Quattrocchi mostró ya en 1996 que la reivindicación de Rosas surgió algunos años antes, relacionada no tanto con la crisis del liberalismo como con la irrupción de la política democrática luego de 1916. Las masas que apoyaron a Yrigoyen desde ese año despertaron memorias sobre la época de Rosas, tanto positivas como negativas. Este rosismo tuvo así dos vertientes desde el comienzo: una elitista, que destacaba la capacidad del caudillo de mantener a la plebe bajo control, y otra “popular”, que valoraba la participación política del pueblo que Rosas habría prohijado (QUATTROCCHI 1995). El planteamiento, sin embargo, no consiguió cambiar la interpretación dominante sobre la historia del revisionismo, que incorporó las evidencias de Quattrocchi en la lista de “antecedentes” para la irrupción de un movimiento intelectual que seguía visualizándose como hijo de los años treinta. Más recientemente, varios investigadores mostraron una serie de aportes de historiadores provinciales que, ya desde fines del siglo XIX, cuestionaron el relato mitrista y plantearon reivindicaciones parciales de algunos caudillos (EUJANIAN 2013; BREZZO *et al.* 2013). Por caso, María G. Micheletti aportó evidencias sobre la notable receptividad que encontró la reivindicación de Facundo Quiroga – epítome del mal en la pluma de Sarmiento – que propuso David Peña en 1906. En opinión de Micheletti, entonces, corresponde reconocer los ya numerosos antecedentes registrados como un verdadero “primer revisionismo”, anterior al “segundo” de los años treinta (MICHELETTI 2015). María L. Realí agregó que el “primer revisionismo” tenía una dimensión regional, conectando esfuerzos de intelectuales argentinos, paraguayos y uruguayos (REALI 2016). En lo que todas estas obras coinciden, sin embargo, es en caracterizar al revisionismo como un movimiento surgido entre intelectuales que sólo con posterioridad penetraría entre las clases populares. Tanto la de Quattrocchi como las obras que sitúan en 1934 el año decisivo coinciden en que, en sus inicios, la revisión de la historia era un asunto limitado a círculos minoritarios que sólo hallaría eco en la sociedad luego de 1945 o incluso con posterioridad a 1955, como parte de la experiencia del peronismo y su proscripción (Micheletti, en cambio, registró en 1906 una receptividad entre el público que no parecía reducirse a círculos intelectuales).

En este trabajo indagaremos sobre la posibilidad de que las fuentes de generación y los canales de circulación del revisionismo fuesen más heterogéneos. ¿Es posible que existiesen visiones sobre el pasado generadas o transmitidas entre las clases populares con independencia de las que emanaban de ámbitos intelectuales? Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian llamaron la atención sobre el hecho de que la celebración de la figura del gaucho entre las clases bajas llevaba implícitas visiones sobre el pasado que no se conjugaban bien con las que proponía la historiografía mitrista (CATTARUZZA; EUJANIAN 2003, p. 231, 236, 261-62). En este artículo retomaremos la pregunta por la productividad intelectual de esa divergencia. ¿Pudieron esas visiones haber tenido alguna influencia en el surgimiento y recorrido del revisionismo histórico?

La cultura popular y el pasado: el caso del criollismo

En otro trabajo (ADAMOVSKY 2017) argumenté que, en la cultura de consumo popular de fines del siglo XIX y de la primera parte del siguiente, existían elementos de una crítica al relato mitrista-sarmientino que pudieron haber favorecido la receptividad del mensaje revisionista o incluso aportado elementos propios que pudieran listarse entre los condicionantes de su surgimiento. Esos elementos se hacían particularmente visibles en el fenómeno del criollismo (no es este el lugar para indagarlo, pero seguramente pueda hallárselos también en otros registros, particularmente en los espacios provinciales).

A partir de la década de 1880 se difundió en Argentina un discurso “criollista” por el que el mundo rural, los gauchos y la cultura criolla previa a la gran inmigración fueron presentados como depositarios privilegiados de lo auténticamente nacional. Los versos y canciones populares que narraban los padecimientos de los gauchos y evocaban con nostalgia un mundo que se iba proliferaron en Buenos Aires y otras ciudades. La historia de Juan Moreira, un gaucho injustamente perseguido que se rebeló ante las autoridades, funcionó como modelo para decenas de relatos similares que alcanzaron enorme circulación (PRIETO 2006).

Uno de los rasgos menos atendidos del criollismo es el modo en el que las historias protagonizadas por los héroes del género –los gauchos matreros– aparecieron conectadas con las figuras del montonero y del caudillo federal. En un sentido muy amplio, esa conexión estaba ya presente en la época de la poesía gauchesca. Y no es casual que la que es considerada la obra “bisagra” entre el período de la gauchesca y el de la literatura criollista, el *Martín Fierro*, haya sido escrita por un federal conspicuo como José Hernández.

La literatura criollista, desde las primeras obras de Eduardo Gutiérrez, reforzó esta conexión de varias maneras. En primer lugar, por contigüidad, produciendo historias sobre caudillos y montoneras escritas por los mismos autores y publicadas en las mismas colecciones que se especializaban en las de matreros. En segundo lugar, por analogía, comparando explícitamente las trágicas historias de éstos con las de los líderes y las huestes federales. Y finalmente, mediante la reivindicación abierta y explícita de los montoneros y de algunos caudillos, contruidos como héroes que defendían la libertad gaucha injustamente abatidos por el Estado. Así, a contramano de los relatos sobre el pasado que difundía el sistema escolar, la cultura de circulación popular proponía visiones románticas sobre las luchas del pasado, reivindicaba a los montoneros como baluarte de las libertades y de lo auténticamente nacional, e incluso exaltaba la figura de algunos caudillos federales.

Pero a diferencia del revisionismo histórico, las evocaciones positivas del federalismo en los textos criollistas no se centraron en la figura de Rosas. La reivindicación solía apuntar más bien a las huestes montoneras antes que a los caudillos, y los líderes que merecieron más atención a la hora de plantear reivindicaciones fueron otros. Rosas, de hecho, apareció con insistencia como parte de historias que retomaban la tradicional mirada condenatoria. Hubo algunas reivindicaciones, pero fueron la minoría. En cambio, otros caudillos sí merecieron

Figura 1 - Un Chacho Peñaloza “gaucho” (izq.) y el matrero Barrientos (der.), ambos enfrentando a los militares en las portadas de una popular colección gauchesca de la década de 1910



Fonte: Colección del autor.

reivindicaciones más enfáticas y unánimes. El que ocupó el lugar central en este sentido fue el Chacho Peñaloza, vindicado por una larga serie de autores del género que comienza con José Hernández y Eduardo Gutiérrez, y se prolonga con numerosas historias aparecidas hasta mediados de siglo. En estas narrativas el Chacho aparecía como una figura noble y de tintes gauchescos, un defensor de la justicia y la igualdad, injustamente asesinado por obra de los ejércitos nacionales, descritos como una fuerza de violencia y barbarie porteña. Con bastante menos frecuencia, desde fines del siglo XIX otros caudillos merecieron encomios por parte de escritores que frecuentaban el género criollista, incluyendo a Manuel Dorrego, Justo José de Urquiza, Nazario Benavidez, Estanislao López, Francisco Ramírez. También Facundo Quiroga, pero en este caso desde miradas menos unánimes, algunas condenatorias, otras reivindicativas.

En referencia al pasado y al caudillismo, la literatura criollista se interesó también por la política uruguaya y, en menor medida, por la Guerra del Paraguay. Como es bien sabido, el conflicto bélico que Bartolomé Mitre libró a partir de 1865 generó un enorme malestar entre la población sometida a levás. El descontento federal se reforzó además porque el conflicto se entrecruzó con las alternativas de la política oriental, por entonces en íntima conexión con la argentina. El Partido Colorado acababa de derrocar allí al presidente Berro, del Partido

Nacional (los “blancos”), aliados tradicionales de los federales argentinos. Uno de los desencadenantes del ingreso de Argentina a la guerra contra el Paraguay, de hecho, fue la intención del gobierno de ese país de apoyar militarmente a los blancos uruguayos. La Guerra del Paraguay se transformaría más tarde en uno de los puntos más contenciosos de la querella del revisionismo histórico, que vio en ella un crimen alentado por el imperialismo británico. Pero entre los autores criollistas fue motivo de críticas desde mucho antes, comenzando con las que en su momento dirigieron José Hernández y Francisco Fernández. La glorificación de los “héroes de Paysandú” estuvo muy presente entre algunos de los cultores del género, como el payador Gabino Ezeiza. Y más generalmente, la evocación de los blancos uruguayos en relación con la figura del gaucho también se hizo presente en algunas de las historias de matreros para consumo popular. Algunos héroes ficticiales del canon criollista se destacaron por sus proezas en la lucha contra los colorados en tierras orientales.

Pero lo más notable fue la fascinación que suscitó la figura de Aparicio Saravia, heredero de la larga tradición de caudillos del Partido Nacional. Para los uruguayos de la década de 1890 Aparicio representaba la cultura y la identidad rurales y la continuidad de las viejas tradiciones blancas; lo apodaban “el gaucho”, imagen que él mismo cultivaba. Tras su muerte en medio de la revuelta que promovió en 1904, se transformó en una leyenda popular en su país. De este lado del Plata, generó numerosas resonancias especialmente en medios criollistas. Antes y después de su muerte, algunas de las principales revistas populares de motivos gauchescos le dedicaron alabanzas. Los más prolíficos autores de historias de matreros también narraron las gestas y la vida de Saravia para las colecciones gauchescas de venta popular hasta bien entrada la década de 1940.

Junto con la exaltación de montoneros y caudillos, la literatura criollista con frecuencia aportó miradas críticas sobre el curso de la historia nacional y sobre el modo en que se la narraba. Frente a discursos que invitaban a celebrar el progreso argentino y evocaban el pasado “bárbaro” como prueba de los avances de la “civilización”, el criollismo se plantaba en una mirada nostálgica que romantizaba justamente los aspectos que aquellos discursos se congratulaban de haber superado. En algunos casos canalizó impugnaciones más frontales. La “civilización” fue desde muy temprano sometida a crítica de manera explícita y considerada un argumento falaz o un cambio negativo para los criollos, por ejemplo en “Solane” (1872), del entrerriano Francisco Fernández, pionero del teatro de motivos gauchescos. Varios escritores criollistas posteriores pusieron diatribas contra “el progreso” o “la civilización” en boca de sus propios matreros ficticiales. La mayor parte de las quejas se relacionaba con lo que se percibía como la injusta postergación del criollo y los privilegios que tuvieron en cambio los inmigrantes europeos. Además de este tipo de crítica, muy extendida, desde fines de los años veinte algunos pocos autores del género, de ideas libertarias, sumaron la denuncia del exterminio de los indígenas, el que asociaron con una política de apropiación de las tierras y sometimiento de la población local por parte del Estado y de los estancieros. El famoso payador anarquista Martín

Castro llegó a presentar lo que sin exageración puede caracterizarse como una verdadera contrahistoria en su notable *Los gringos del país*, escrito en 1928 y publicado por una editorial especializada en la literatura criollista barata. Se trata de un poema gauchesco en el que el héroe central, un gaucho matrero descrito como descendiente directo de los indígenas pampeanos, encarnación de las libertades gauchas perdidas, narra una historia que comienza con la conquista de América en la que “el hombre civilizado”, las clases altas y el Estado son agentes de la peor barbarie. La figura victimizada del gaucho se identifica así con una historia Argentina narrada como tiempo de opresión, violencia y despojo (ADAMOVSKY 2017).

Criollismo y revisionismo

Los hallazgos presentados anteriormente permitieron percibir varios puntos de contacto entre las miradas sobre el pasado que proyectaba el criollismo y las propias del revisionismo. Ambos postularon la necesidad de revisar la historia. En ambos encontramos una revalorización de los caudillos y de las montoneras federales, asociada a una visión crítica sobre el presente y sobre el curso que tomó el desarrollo nacional. Esa crítica coincidía en apuntar al excesivo peso de lo extranjero en desmedro de lo criollo, reflejo de la imposición de los intereses de ciertas élites por sobre los del resto de la población. Sin embargo, también hay importantes diferencias. Como señalamos al comienzo, los llamados a la revisión que partieron del campo intelectual se centraron primeramente en la figura de Rosas y en menor medida en la de Facundo Quiroga. Lo que esos caudillos ejemplificaban era especialmente un camino alternativo de construcción de la nación y de defensa de sus intereses, frente al que terminó prevaleciendo, encarnado en el unitarismo y en personajes como Bernardino Rivadavia. Pero justamente esos dos caudillos fueron los que generaron menos unanimidad entre los autores criollistas, que tendieron en cambio centrarse en figuras de otras provincias o posteriores que hasta entonces no habían motivado demasiado interés historiográfico, como el Chacho Peñaloza, o que ni siquiera pertenecían del todo al pasado (ni a la Argentina), como Aparicio Saravia. Lo más reivindicable de esos personajes no era que representaran un modelo de autoridad nacional orgánica, antiliberal o antiunitaria, sino su defensa de la plebe criolla frente a un nuevo orden social que se percibía como excluyente. El foco de la reivindicación criollista, de hecho, fue más el montonero/gaucho que el caudillo. Del mismo modo, la crítica al peso de lo extranjero apuntaba a momentos diferentes: en la literatura gauchasca lo que molestaba era menos el imperialismo inglés que la invasión de inmigrantes y el desplazamiento social y cultural de la población nativa. Los autores criollistas rara vez identificaron a los primeros unitarios como enemigos. De hecho, varios de ellos escribieron textos elogiosos sobre Rivadavia o José María Paz e incluso Sarmiento. El momento que concentraba las críticas era en cambio el del pasado reciente, aquel en el que el Estado había convocado a la inmigración esperando que reemplazara a la población criolla y el que marcaba un nuevo predominio porteño asociado a la expansión del capitalismo y al recrudescimiento de la

presión sobre el criollo en el campo. La figura del gaucho montonero era para ellos atractiva no tanto porque simbolizara una grandeza nacional alternativa, sino por su potencial antioligárquico. Las memorias evocadas y la nostalgia no implicaban entonces una visión “decadentista” de la historia nacional, sino, en todo caso, una que buscaba la redención del sufrimiento del pasado a través de una posible reforma social. Puesto en perspectiva, antes que al decididamente derechista de los años treinta, los mensajes sobre el pasado en las plumas criollistas se parecían al revisionismo de orientación más izquierdista de las décadas de 1960 y 1970, que también se interesó por los caudillos tardíos antes que por la figura de Rosas, por el contenido social de las montoneras antes que por la ilusión de un gobierno fuerte, y por el significado de la Guerra del Paraguay. La notable contrahistoria de Martín Castro, tiene más de un punto de comparación con el giro “indoamericano” de la izquierda de los años setenta (ADAMOVSKY 2017).

El perfil político de los cultores del criollismo popular confirma la distancia respecto del derechismo de los revisionistas de los años treinta. Un número muy importante de ellos fueron simpatizantes o militantes de la UCR. Varios sostuvieron ideas obreristas. Entre los payadores predominaron también los de ideas progresivas, como el socialista Evaristo Barrios o Martín Castro y Luis Acosta García, que eran libertarios. Y Buenaventura Luna, uno de los más entusiastas defensores del gaucho y las montoneras en la radiofonía argentina de los años treinta, había sido militante del bloquismo sanjuanino (ADAMOVSKY en prensa). La dimensión política de las evocaciones a las montoneras a veces era explícita. En una compilación de sus obras de 1921, por ejemplo, el payador anarquista Edmundo Montagne celebró al “gaucho de antes” como precursor de la democracia, con “su continua montonera” dirigida contra toda opresión; dedicó también un poema de añoranzas por las luchas de un “caudillo” no identificado (MONTAGNE 1921).

¿Cuál es entonces la relación que pudiera trazarse entre criollismo y revisionismo? Como hemos visto, la crítica de la historia tal como se enseñaba en las escuelas está presente en el primero mucho antes de los años treinta. Entre las fuentes posibles de quienes reivindicaban a los montoneros o a figuras como el Chacho hay algunas menciones a Juan B. Alberdi, Olegario V. Andrade y José Hernández, pero ninguna a historiadores. En cambio, para los caudillos que menos unanimidad suscitaron –Rosas y Quiroga– sí se percibe una incidencia directa de los precursores lejanos del revisionismo, Adolfo Saldías para el primero y David Peña para el segundo. Sin embargo, no he encontrado menciones a los intelectuales derechistas que reivindicaron a Rosas en los años treinta. No es posible sostener entonces que éstos hayan tenido una influencia apreciable; de hecho, la producción historiográfica en su conjunto parece haber tenido sobre el criollismo una influencia más bien marginal.

¿De dónde procede entonces el impulso a revisar la historia entre los cultores del criollismo? A título de hipótesis, podrían sugerirse dos procedencias complementarias. Por un lado, de las propias memorias socialmente conservadas que pudieran haber habido entre los antiguos partidarios de los federales y sus

descendientes. Diana Quattrocchi llamó la atención sobre la importancia que tuvieron los legados familiares en las primeras reivindicaciones de Rosas en el campo intelectual. ¿Podría hacerse esto extensivo a las clases populares? Como mostró Ariel de la Fuente, las huestes analfabetas del federalismo tardío en zonas como La Rioja construyeron una visión propia del espacio político nacional, de los clivajes sociales y étnicos que se ponían en juego en el enfrentamiento entre unitarios y federales y de su propio papel en la nación en ciernes. La derrota de los suyos no pudo sino ser interpretada a partir de esa visión y la cultura oral produjo y transmitió por un amplio espacio interprovincial historias épicas de figuras como el Chacho Peñaloza, que todavía fueron recogidas en 1921 en la Encuesta Nacional de Folklore. Ya que las narraciones registradas ese año difieren de las que diseminó la cultura impresa (incluyendo la del criollismo), queda claro que no proceden de fuentes letradas sino de la transmisión oral. Si alguna influencia hubo fue en sentido contrario: como demostró De la Fuente, Eduardo Gutiérrez se apoyó en relatos orales recogidos in situ para componer sus folletines sobre el Chacho (DE LA FUENTE 2011; 2007, p. 166-70, 216, 253). Para el espacio de Mendoza y San Juan, Diego Escolar demostró la persistencia de historias sobre héroes populares como Martina Chapanay y Santos Guayama (quienes pertenecieron a las huestes de Chacho Peñaloza y Felipe Varela), reproducidas popularmente pero también por letrados, y reelaboradas en lo que él llamó un “revisionismo histórico subalterno” (ESCOLAR 2007, p. 214 y 85-107). Para el caso Salteño, Andrea Villagrán también observó la capacidad de las clases subalternas de producir y preservar visiones propias sobre el pasado, asociadas al culto al gaucho, que se plantaban en disidencia respecto de las “oficiales” (VILLAGRÁN 2012). No hay estudios equivalentes para el espacio rioplatense, pero allí podría haberse dado un proceso equivalente. En las primeras tres décadas del siglo XX todavía estaban con vida algunos de los que habían participado de las últimas montoneras de los llanos (y por supuesto también de las más recientes del Uruguay) y existen al menos algunos contactos empíricos con el mundo del criollismo. Entre quienes trabajaron como actores de dramas gauchescos en el circo de los Podestá –vector crucial del criollismo, nodo de encuentro entre payadores, escritores populares y futuros dramaturgos– hubo un veterano de las luchas de caudillos Orientales (afecto a relatar sus hazañas en los entretiempos) y también un montonero del Chacho Peñaloza (PODESTÁ 1930, p. 47-48; SIRI 1937). Gabino Ezeiza estaba casado con una bisnieta del Chacho Peñaloza, con quien se conoció en un pueblo de la Prov. de Buenos Aires (DI SANTO 2016, p. 387). Buenaventura Luna conocía desde pequeño a un peón criollo “del tiempo’e la montonera”, con quien también militó en el bloquismo (SEMORILE 2008, p. 130). No es imposible que a partir de esas memorias pudieran transmitirse visiones críticas respecto de la historia nacional, capaces de combinarse con las nostalgias y admiraciones por la figura del gaucho alzado. Que las memorias transmitidas entre las clases populares pudieron contener visiones críticas respecto de la historia nacional lo sugiere una copla anónima de origen desconocido cuyos versos decían:

Así se escribe la historia
de nuestra tierra, paisanos.
En los libros, con borrones,
y con cruces en los llanos.

Tanto Atahualpa Yupanqui como Buenaventura Luna aseguraron haberla escuchado. Luna sostuvo que procedía de Tucumán, sin precisar cuándo supo de ella (LUNA 1945). Yupanqui dio dos versiones diferentes: en una dijo haberla aprendido antes de 1925 en la provincia de Buenos Aires, de un payador de apellido García, que “hablaba de las revueltas, de las montoneras del siglo pasado, de antes de Rosas y después de Caseros”; en otra, sostuvo que la escuchó por vez primera a comienzos de la década siguiente, de boca de Telémaco Morales, cantor uruguayo de visita en Buenos Aires, quien solía “historiar las luchas orientales” (incluyendo las de Saravia). Su canto, que narraba “los caminos de la derrota”, tuvo en Yupanqui un efecto profundo, “quemante” (YUPANQUI 1984, p. 31-32; YUPANQUI 1965, p. 122-123). Además de ellos, un investigador la escuchó en la década de 1960 de boca de un anciano criollo que vivía en el paraje riojano del que era originario el Chacho Peñaloza, a propósito de la leyenda del propio caudillo.¹ Cualquiera haya sido su origen, la imagen de los borrones en los libros transmite claramente el sentido de una “historia falsificada”, para ponerlo en los términos de los revisionistas de los años treinta, relacionada con una memoria sobre las gestas federales.

86

Complementariamente, el impulso a la revisión de la historia pudo venir también de la mera disposición antioligárquica del criollismo, que emergía a su vez de la peculiar experiencia de las clases populares del cambio de siglo. Habiéndose visto excluidos de la vida política y desplazados por los inmigrantes, algunos criollos bien pudieron producir, como parte de su antagonismo respecto de las élites gobernantes, la impugnación de la narrativa sobre el pasado que ellas sostenían. Para ello, no había necesidad de una memoria empíricamente transmitida: bastaba con recuperar información sobre el pasado que estaba disponible o sencillamente invertir la valoración sobre caudillos y eventos. Pero ni siquiera hacía falta que los agentes fueran criollos descontentos. Como sostuvo Horacio Legrás, el atractivo del criollismo en aquellos tiempos radicaba en su capacidad “articulatoria”. En efecto, ese discurso no fue tanto (o sólo) una expresión de sujetos sociales preexistentes, como una práctica cultural novedosa que permitió producir un “pueblo” (entendido como sujeto político opuesto a la élite) a partir de la asimilación de un conjunto heterogéneo. En un contexto de triunfo de las clases altas que implicó la exclusión política de las clases populares y la imposición de una cultura, una estética y valores liberales y europeizantes, la identificación con el gaucho matrero tenía una dimensión antagónica evidente. Lo mismo vale, por supuesto, para el recuerdo de las montoneras federales y el modo insistente en que se las conectaba discursivamente con las “guerras gauchas” por la independencia. Al representarse como pueblo (auténtico) a partir de esas características y esas memorias, la multitud así articulada se

¹ Comunicación personal con León Pomer, abril de 2016.

afirmaba precisamente en el legado de “barbarie” criolla que las élites venían intentando extirpar. Esta estrategia *representacional* tenía sentido no tanto por su capacidad de expresar pervivencias reales de la sociedad anterior a la gran inmigración (que como vimos también las había), como por su valor a la hora de recortar un mundo popular en oposición a los proyectos político-culturales de la élite. En ese sentido, que las personas que participaran en ella tuvieran o no un vínculo directo, “real”, con el pasado criollo, era lo de menos (LEGRAS 2010).

¿Una incidencia popular en el revisionismo intelectual?

El análisis de las fuentes e impulsos de la revisión criollista de la historia nos permite plantear algunos interrogantes sobre la propia tradición del revisionismo tal como se manifestó en el campo intelectual. ¿Es posible pensar que aquella pudiera haber tenido alguna influencia sobre esta? El caso del caudillo que mereció mayores atenciones por parte de los autores criollistas –el Chacho– es interesante en este sentido. Posiblemente por haber sido él mismo antirosista, su figura generó poco interés entre los revisionistas de los años treinta. El primer estudio histórico de relevancia que produjo esa tradición sobre el caudillo riojano data de 1947 (LÓPEZ 1947); la precedencia de la reivindicación criollista en este caso queda muy clara.² Pero más allá de la mera cronología, ¿existen huellas *empíricas* que permitan sospechar una influencia directa? Responder esta pregunta cabalmente requeriría investigaciones que este trabajo no está en condiciones de aportar. Pero vale la pena dejar anotados, en vistas de futuras investigaciones, algunos indicios en ese sentido.

Varios de los revisionistas con intervenciones cruciales en el campo intelectual –en particular los de orientación más popular, antes que elitista– dejaron constancia o indicios de la importancia que tuvo, en su visión de la historia, el contacto con memorias de sectores plebeyos y/o con voces del campo criollista. Para algunos casos tenemos apenas información incidental. Uno de los pioneros de la reivindicación de Rosas, el radical Dardo Corvalán Mendilaharsu –cuyo abuelo, por otra parte, había sido general rosista–, colocó como epígrafe de uno de sus textos un poema que un prolífico escritor criollista, Francisco A. Riú, le había dedicado al caudillo (CORVALAN MENDILAHARSU 1929, p. 39). Sobre otra figura clave como Jorge Abelardo Ramos, responsable de la combinación del revisionismo con el marxismo, sabemos que las influencias intelectuales que le permitieron realizar esa síntesis fueron las del anarquismo (que recibió de su padre), los debates del marxismo sobre la cuestión nacional y otros introducidos por el indoeamericanismo peruano. Sin embargo, no es imposible que el criollismo también fuera relevante en su cosmovisión. No es posible documentar una influencia directa –Ramos nunca parece haberlo mencionado en sus textos públicos o privados– pero cabe mencionar que su abuelo paterno fue un conocido payador criollo.³ Su primera obra, *América Latina, un país* (1949), venía ilustrada

² Sin desmedro de ello cabe señalar que Corvalán Mendilaharsu (s/f) le dedicó un breve ensayo en 1914 y que el grupo FORJA prohibió una reedición del texto de Hernández sobre el Chacho en 1943.

³ El dato figura en algunas biografías y fue confirmado por su hija Laura Ramos en comunicación personal (marzo de 2015). Puede que se tratara de Esteban Ramos, conocido payador de fines del XIX, pero no he podido confirmarlo.

con el dibujo de un gaucho portando una tacuara, autoría de Osvaldo Gasparini, prolífico dibujante de temática gauchesca. El dibujo lleva por título “El último montonero” y es esa asimilación –la del gaucho con el montonero federal– la que caracterizará toda su obra. José Hernández aparece allí como portavoz de una línea política truncada, la de un federalismo democrático (ejemplificada en el *Martín Fierro* leído como la voz de los montoneros vencidos por la oligarquía), lo que será una constante en sus textos posteriores. La denuncia de Hernández de la responsabilidad de Sarmiento en el asesinato del Chacho Peñaloza será evocada también con insistencia (RAMOS 1949, p. 108-111). La Guerra del Paraguay, último episodio en el proceso que él interpreta como una larga disgregación de la nación latinoamericana, ocupará un lugar central en su revisión de la historia. Y aunque está claro que los textos del anarquista Rafael Barret son nodales en su visión sobre ese acontecimiento, Ramos también menciona las canciones de Gabino Ezeiza como fuente de conocimiento (RAMOS 1957, p. 182).

88

Otros casos permiten establecer conexiones mucho más claras. El de Ricardo Caballero, activo participante en círculos revisionistas, es uno de ellos. A fines de los años veinte su agrupación política comenzó a publicar el periódico *El Nativo*, que se promocionaba como la primera publicación antiimperialista del país. La reivindicación de los trabajadores criollos y la queja por su desplazamiento a manos de los extranjeros eran allí constantes. En ocasiones, la suerte de aquellos quedaba asimilada a la de los personajes de las historias criollistas, los que, a su vez, al menos en una oportunidad aparecieron asociados a la figura de Rosas. Así, en 1928 propusieron cambiar el nombre de la calle Ramón Falcón por el de Juan Moreira, merecedor del homenaje por ser el exponente del gaucho que defiende a cuchillo su libertad amenazada. Entre las justificaciones del caso, el periódico comparó al matrero mítico con Rosas, “el hombre que con más ahínco defendió la soberanía de la república”.⁴ Poco antes, en 1926, el mismo Caballero había pronunciado en la Cámara de Senadores un discurso que ya contenía los ingredientes más revulsivos del revisionismo de los años treinta. Defendiendo a los representantes de la provincia de La Rioja, cuestionados en la Cámara, se embarcó en una furibunda crítica contra Rivadavia, Mitre, Sarmiento y los “vencedores de Pavón”, por haber llevado a cabo una “política de exterminio” contra los riojanos, últimos defensores de la “vieja patria” contra “el avance de esta civilización trivial y feroz” que se impone “al mando de jefes extranjeros”. Recordó entonces al Chacho Peñaloza y defendió la memoria de los caudillos, que para él no eran “desenfrenados y bárbaros”, sino hombres que resistían políticas extranjerizantes. Como parte de su alocución afirmó:

[...] la verdad histórica es distinta de la que han escrito los vencedores al día siguiente de la victoria; la verdad histórica ensangrentada y vejada, duerme todavía bajo el sudario de la llanura lívida. De allí la arrancarán las nuevas generaciones para reparar la injusticia brutal que hasta hoy la ha obscurecido, para iluminar con sus luces el pasado espiritual de nuestra nacionalidad, hoy desconocido y obscurecido. Las grandes sombras de

⁴ *El Nativo*, n. 6, 10/11/1928, p. 3; ver tb. n. 13, 5/1/1929. Agradezco a Martín Müller y Oscar Videla por facilitarme esta revista.

los caudillos asesinados van a levantarse de nuevo, envueltas en el polvo de sus entreveros trágicos y legendarios, para concurrir a un tribunal más justiciero que el que las llamara un día para herirlas de nuevo a mansalva con el puñal acerado de una pluma extranjerizante e inmoral (CABALLERO 1929, p. 219-251).

Vástago de una familia criolla de un distante rincón rural de provincia, Caballero, de hecho, se había acercado a la UCR por considerarla continuadora de la causa del federalismo. Lo interesante del caso es que, años más tarde, explicaría el origen de sus reflexiones en su contacto con las memorias populares desde su tierna infancia, que entraban en colisión con las visiones sarmientinas que aprendía en la escuela:

Mi contacto con la realidad histórica tuvo por primer escenario los campos de las cercanías de Paraná, empapados por la sangre gaucha. Allí observé lo que había impresionado mi alma de niño en las campañas del sur de Córdoba donde he nacido: el espectáculo de una población laboriosa sumergida en las sombras de sus grandes recuerdos, pugnando por adaptarse a las nuevas condiciones de vida, que le eran impuestas por la violencia y por el orgullo. Lo que había observado en Córdoba en mi niñez, lo encontraba en Entre Ríos en mi juventud. En la campaña de Córdoba toda la población auténticamente argentina profesaba el credo federal; y en Entre Ríos, a pesar del inmenso prestigio de Urquiza, también la población se abrazaba a él (CABALLERO 1951, p. 231).

Caballero también manifestó haber recibido de su padre y de allegados a él una mirada crítica sobre las versiones de la historia propuestas por Sarmiento y los vencedores de Pavón (SÁNCHEZ 2008).

El caso de Manuel Gálvez es incluso más sintomático. Su aporte al revisionismo fue de enorme importancia. Su *Diario de Gabriel Quiroga* (1910) tiene el mérito de haber estado entre las primeras reivindicaciones del federalismo y de los caudillos que se combinaba con una impugnación global del legado del unitarismo y del liberalismo (especialmente por la inmigración y europeización cultural que propugnaron). En 1940 él mismo publicó una biografía de Rosas que fue el mayor éxito de ventas de esa corriente hasta esa fecha (a la que deberían sumarse sus novelas sobre la vida de Quiroga y sobre la Guerra del Paraguay). Los estudios sobre el revisionismo no suelen reparar en el hecho de que Gálvez dedicó también su pluma a escribir una *Vida de Aparicio Saravia* (1942) impulsado, como él mismo apuntó, por sus recuerdos de adolescente. En 1897, cuando el caudillo condujo su primer levantamiento, “todos los chiquillos argentinos –yo tenía quince años– idolatrábamos al gaucho de la libertad, al gran caudillo que combatía contra un gobierno al que considerábamos tiránico” (GÁLVEZ 1942, p. 7). ¿Cuánto de esa temprana afición por el caudillo gaucho pudo estar preparada por el clima cultural del criollismo? Como Gálvez recuerda en sus memorias, desde los nueve años concurrió con frecuencia a ver dramas criollos en el circo de los Podestá, de quienes poco después se haría amigo personal. Numerosas veces vio representadas allí las historias de Juan Moreira, Santos Vega, Martín Fierro y Julián Giménez; las tonadas camperas que las acompañaban en los picaderos lo impresionaron especialmente:

“No me cabe duda de que los espectáculos gauchescos y las dolientes canciones nativas me impregnaron el alma de sentimientos tradicionales”. En el camarín de José Podestá, entre vestuarios gauchos y payadores, “oíase contar a algunos de sus visitantes, entre los que figuraba tal cual dirigente desterrado del Partido Blanco uruguayo, las hazañas guerreras de aquel genial gaucho que fue Aparicio Saravia”. Con esas historias, imágenes y sonidos en su mente, a los dieciocho años el joven Gálvez no soñaba con otra cosa que con ser autor teatral. Según recuerda, la primera obra que garabateó fue posiblemente “El Destino”, una historia de gauchos escrita en verso y pensada para ser musicalizada, cuyo manuscrito no conservó. Entre sus siguientes ensayos, a fines de 1900, después de haber leído la *Historia de la Confederación Argentina* de Adolfo Saldías, escribió otra, “La conjuración de Maza”, sobre un episodio de la época de Rosas. Gálvez no lo recordaba con certeza, pero suponía que quizás ya se notaba en ella una incipiente simpatía por el caudillo (GÁLVEZ 1944, p. 16-24). Queda así clara la matriz común que nutrió intelectualmente al joven Gálvez, en la que criollismo, memorias populares e historiografía crítica se interconectaban y potenciaban.

Un revisionista más tardío como Arturo Jauretche –igual que Corvalán, Gálvez y Caballero, de orientación popular antes que elitista– manifestó algo parecido. Recordando su infancia en la localidad bonaerense de Lincoln, dejó vívidas descripciones del desacople entre lo que aprendía en la escuela y los saberes que absorbía de su contacto con los criollos pobres. La escuela –observó– les enseñaba todo sobre el río Danubio, pero nada sobre el Salado y sus lagunas y mucho menos sobre sus habitantes. Fuera de las enseñanzas escolares, el niño Jauretche compartía furtivamente con otros niños historias de gauchos matrereros inspiradas en *Martín Fierro* o *Juan Moreira*, transmitidas oralmente y también escenificadas en los circos criollos que solían pasar por allí. En sus mentes infantiles, esas historias se interpretaban como la resistencia frente a “alguna injusticia básica” hecha contra esos “Robin Hood paisanos”. Escuchando las historias de un viejo del pueblo que había sido cautivo, comenzó a percibir que sus mayores, interesados en socializarlos como gente “culto”, ocultaban información sobre “ese ayer próximo” de Lincoln en el que los indios llegaban a sus puertas (JAURETCHE s/f, p. 55, 189-96, 249, 253, 256). De ese contacto con el mundo popular Jauretche también recibió sus primeras nociones sobre la Guerra del Paraguay, sobre las levas forzosas y sobre su “impopularidad”, a través de relatos de tres veteranos que paraban en la plaza del pueblo. Y también reconocía su deuda con el “Heroico Paysandú” de Gabino Ezeiza, canción que le reveló “los primeros atisbos de verdad histórica” (JAURETCHE 2002). La seducción por el criollismo y su conexión con la política, por otra parte, se hace evidente en el primer libro que publicó Jauretche, *El paso de los libres* (1934), un largo poema gauchesco de exaltación de la revolución yrigoyenista del año anterior.

Fermín Chávez –un autor bisagra entre el revisionismo de los años treinta y el de orientación más izquierdista de las décadas de 1960 y 1970– construyó en su primera obra relevante una genealogía de su propia estirpe intelectual que reconocía todos estos legados. Su “Cronología cultural de los Heterodoxos argentinos” comenzaba con el fundador de la poesía gauchesca Bartolomé

Hidalgo, incluía a Luis Pérez, y continuaba reconociendo el aporte de poetas federales como Olegario V. Andrade y José Hernández, de Eduardo Gaffarot (el nieto de Facundo Quiroga que en 1905 publicó una notable vindicación de su memoria), de Francisco Fernández y de cultores del género criollista como el autor del *Martín Fierro*, Manuel Olascoaga y Antonio Lussich. Junto con todos ellos, por supuesto, menciona también a los precursores historiográficos del revisionismo, Adolfo Saldías y Ernesto Quesada (CHÁVEZ 1965, p. 187-205). Su encuentro con todos ellos estuvo precedido, como en los casos anteriores, por contactos con la memoria popular. Chávez había estado expuesto a recuerdos del federalismo en el pueblo entrerriano en el que había nacido en 1924. Su tío Santiago Moreira, hijo de un teniente del caudillo Ricardo López Jordán, de gran influencia en su temprana formación, solía contarle historias del levantamiento jordanista. Su padre, modesto agricultor y ferviente yrigoyenista, prefirió en cambio no compartir las historias que atesoraba:

Recién de grande, cuando conocí mis libros, empezó a recordar y a recuperar esas vivencias de lo que decía la abuela Martiniana y su tía Balbina..., “que Leandro Gómez [el defensor de Paysandú, E.A.] tenía razón”, “que don Ricardo [López Jordán, E.A.]...”. Pero en mi niñez de esas cosas no se hablaba porque ellos también estaban presionados por la educación y no se animaban a romper con la versión oficial de los hechos. Nosotros la descubríamos a la historia real un poco por criollos como tío Santiago, que ni habían pasado por la escuela ni sabían leer y escribir, y entonces te contaban, un poco como cuento, como viejos cuenteros, cosas que eran historias reales, según pude comprobar después a través de los documentos de la época (CHÁVEZ 1975).

91

Cabe destacar que el propio Chávez, que como historiador fue conocido por sus estudios sobre el Chacho Peñaloza y sobre López Jordán, fue también un prolífico estudioso y recopilador de poesía gauchesca y de la obra de José Hernández.

Finalmente, encontramos influencias similares en León Pomer, a quien debemos una de las primeras investigaciones de largo aliento sobre la Guerra del Paraguay. El modo en que llegó a interesarse por ese conflicto es muy significativo. En un viaje turístico que realizó en 1964 desde Misiones hasta Asunción escuchó reiteradamente cantores populares que cantaban sobre la guerra, con “letras y melodías impregnadas de dramatismo”. Hasta entonces no sabía prácticamente nada de ella, apenas “la insignificancia que le era dedicada en el manual de historia” de la escuela. En Asunción consultó con académicos locales sobre el tema y al regresar de su viaje emprendió la investigación que cuatro años después daría lugar a su obra más conocida, *La Guerra del Paraguay i gran negocio!* (1968). Su encuentro con el Chacho Peñaloza fue similar: durante un viaje por La Rioja hacia 1960, escuchó por primera vez sobre el caudillo de boca del descendiente de uno de sus montoneros. Poco después realizó entrevistas a criollos pobres en Huaja, el paraje riojano donde nació el Chacho, que serían material para el estudio preliminar que en 1968 escribió para *Proceso al Chacho*, una reedición de los textos de José Hernández y de Sarmiento sobre el caudillo.⁵

⁵ Comunicación personal con León Pomer, abril de 2016.

Conclusiones

En síntesis, este trabajo, sumado a los hallazgos presentados con anterioridad, permiten trazar una conexión factible entre las memorias y experiencias políticas y sociales del siglo XIX y el impulso de revisión de la historia. En primer lugar, está claro que intelectuales de provincia vinculados al federalismo tardío –como José Hernández– o al menos detractores del gobierno de Mitre –como Francisco Fernández– tuvieron un papel central en el surgimiento de la literatura criollista (que a su vez retomaba elementos de la poesía gauchesca, de intenso contacto con el partido federal). Ambos escritores combinaron la denuncia de las postergaciones que sufrían los gauchos con visiones críticas sobre el curso que había tomado la política nacional, incluyendo una reivindicación del Chacho Peñaloza en el caso del primero, invectivas contra la “civilización” en el caso del segundo, y el repudio de la Guerra del Paraguay en ambos.

En segundo lugar, hemos comprobado que autores posteriores del fenómeno criollista continuaron combinando la glorificación del gaucho matrero con visiones críticas sobre el pasado que incluyeron la reivindicación de algunos caudillos, la crítica por el desplazamiento de los criollos a manos de los extranjeros y por la Guerra del Paraguay y, en unos pocos casos y más tardíamente, la formulación de contrahistorias que denunciaban el exterminio indígena. Más aún, como parte de esas visiones, produjeron la asimilación de la figura del gaucho y la del montonero de los llanos (o incluso la de los propios caudillos). Aunque la mayoría de estos autores no tenía contacto directo con el pasado federal o siquiera con el mundo rural criollo, sus obras se conectaban con memorias y con sentimientos de postergación que efectivamente estaban presentes en las clases populares del cambio de siglo. A través de algunos ejemplos –como el de los dos actores de los Podestá que habían sido montoneros, o el del peón amigo de Luna– hemos visto que existieron vectores empíricos que pudieron transmitir esas memorias y experiencias a quienes no las habían vivido en carne propia. Pero en cualquier caso, la situación de exclusión social y política que compartían tanto los criollos como los recién llegados invitaba tanto a la identificación con el gaucho rebelde como a la impugnación de las narrativas optimistas de la historia nacional en las que las élites locales buscaban fundar su propia legitimidad. En ese marco, las memorias disidentes respecto del pasado se reprodujeron en un nuevo contexto, transmitiéndose a un público variado –criollo y de origen inmigratorio, con y sin recuerdos *propios* del pasado reciente– durante las primeras décadas del siglo XX.

En tercer lugar, hemos mostrado que, aunque algunos autores del criollismo se nutrieron de historiadores tempranos (Saldías, Quesada y Peña), el revisionismo histórico de los años treinta, de orientación derechista y centrado en la figura de Rosas, no tuvo una influencia apreciable en el criollismo. Por el contrario, las visiones disidentes sobre el pasado que éste habilitaba transitaban por carriles propios y tenían una historia previa y fuentes alternativas. Contrariamente a la visión según la cual las miradas críticas sobre la “historia oficial” entre las clases populares se habrían

diseminado a partir de esfuerzos previos del campo intelectual, este trabajo ha propuesto la hipótesis de que los canales de influencia fueron mutuos y de doble circulación. En efecto, hemos mostrado que las memorias populares –tanto las transmitidas por sus depositarios directos y por vía oral, como las reformuladas por los autores criollistas– tuvieron un impacto visible en la formación intelectual de varios historiadores revisionistas, especialmente los de orientación más “popular”.

En otros trabajos he sostenido que, más que fruto de ansiedades pasajeras propias de un momento de rápida “modernización”, como argumentó Adolfo Prieto, el criollismo debe analizarse como un episodio central del proceso de etnogénesis, es decir, la conflictiva definición del perfil del *ethnos* nacional a partir de la heterogénea población que ocupó el territorio argentino. De ese proceso participaron, como productores de visiones acerca del “nosotros” nacional, tanto personas del campo político o intelectual como habitantes del común (ADAMOVSKY 2014). Los hallazgos aquí presentados sugieren que también las visiones críticas sobre la historia que ese discurso canalizó pueden analizarse en esa clave. El propio revisionismo histórico, como corriente intelectual, ameritaría una reevaluación bajo este lente. Ya Diana Quattrocchi había sostenido que las polémicas entre letrados alrededor de la figura de Rosas podían ser analizadas, antes que como el reflejo local de ideas de la derecha europea en el marco de la crisis mundial del liberalismo, como expresión “del desajuste existente entre las representaciones de una Argentina percibida como el país más civilizado y más europeo del continente sudamericano y una realidad histórica que se obstina en demostrarnos lo contrario” (QUATTROCCHI 1995, p. 22). Los canales de doble circulación de imágenes y temáticas históricas entre la cultura popular y de masas y el campo intelectual que hemos mostrado en este trabajo refuerzan esa hipótesis e invitan a reconsiderar el revisionismo como un fenómeno cultural de raíces más profundas, que deben rastrearse más allá del mundo de los historiadores, los políticos o los ensayistas.

Referencias bibliográficas

- ADAMOVSKY, Ezequiel. La cuarta función del criollismo y las luchas por la definición del origen y el color del *ethnos* argentino. **Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”**, n. 41, p. 50-92, 2014.
- _____. El criollismo como canal de visiones críticas sobre la historia argentina (desde el *Martín Fierro* hasta c. 1945). **Anuario IEHS**, v. 32, n. 1, 2017. (En prensa).
- _____. El criollismo popular en Argentina ¿Hasta cuándo? Personajes, autores y editores de un fenómeno de literatura masiva. **Cuadernos de Literatura**. (En prensa).

- BREZZO, Liliana M., María Gabriela Micheletti y Eugenia Molina, eds. **Escribir la nación en las provincias**. Buenos Aires: IDEHESI - IH, 2013.
- BUCHBINDER, Pablo. Caudillos y caudillismo: una perspectiva historiográfica. In: GOLDMAN, N.; SALVATORE, R. (Comp.). **Caudillismos rioplatenses**. Buenos Aires: Eudeba, 2005, p. 32-39.
- CABALLERO, Ricardo. **Discursos y documentos políticos del Dr. Ricardo Caballero**. Buenos Aires: Sociedad de Publicaciones El Inca, 1929.
- _____. **Yrigoyen: la conspiración civil y militar del 4 de febrero de 1905**. Buenos Aires: Raigal, 1951.
- CATTARUZZA, Alejandro; EUJANIAN, Alejandro. **Políticas de la historia: Argentina 1860-1960**. Buenos Aires: Alianza, 2003.
- CHÁVEZ, Fermín. **Civilización y barbarie: el liberalismo y el mayismo en la historia y en la cultura argentinas**. 2. ed. Buenos Aires: Theoría, 1965.
- _____. Entrevista a Fermín Chávez. **Crisis**, mayo 1975. Disponible en: <http://www.elhistoriador.com.ar/entrevistas/c/chavez.php>.
- CORVALÁN MENDILAHARSU, Dardo. **Rosas, el Chacho, Quesada**. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, s/f.
- _____. **Rosas**. 2. ed. Buenos Aires: Gleizer, 1929.
- DE LA FUENTE, Ariel. **Los hijos de Facundo**. Buenos Aires: Prometeo, 2007.
- _____. Tradiciones orales y literatura en el siglo XIX Argentino: Los casos del Facundo y el criollismo. **Cadernos de Seminarios de Pesquisa**, n. 2, p. 8-43, 2011.
- DEVOTO, Fernando; PAGANO, Nora. **Historia de la historiografía argentina**. Buenos Aires: Sudamericana, 2009.
- DI SANTO, Víctor. **Gabino Ezeiza, precursor del arte payadoril rioplatense**. Buenos Aires: Quevedo, 2016.
- ESCOLAR, Diego. **Los dones étnicos de la Nación: identidades huarpe y modos de producción de soberanía en Argentina**. Buenos Aires: Prometeo, 2007.
- EUJANIAN, Alejandro. El pasado de las provincias. Actores, prácticas e instituciones en la construcción de identidades y representaciones de los pasados provinciales en la Argentina entre la segunda mitad del XIX y la entreguerra., **Historiapolitica.com**, 33, p. 1-11, 2013.
- GÁLVEZ, Manuel. **Vida de Aparicio Saravia**. Buenos Aires: Imprenta López, 1942.
- _____. **Recuerdos de la vida literaria (1900-1910)**. Buenos Aires: Kraft, 1944.
- GOEBEL, Michael. **La Argentina partida: nacionalismos y políticas de la historia**. Buenos Aires: Prometeo, 2013.

- HALPERIN DONGHI, Tulio. El revisionismo histórico como visión decadentista de la historia nacional. In: _____. **Ensayos de historiografía**. Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1996, p. 107-126.
- JAURETCHE, Arturo. **De memoria**. Pantalones cortos. Buenos Aires: Corregidor, s/f.
- _____. **Los profetas del odio**. Buenos Aires: Corregidor, 2002.
- LEGRÁS, Horacio. Hacia una historia del populismo. In: Soria, C.; Cortés Rocca, P.; Dieleke, E (Ed.). **Políticas del sentimiento**. Buenos Aires: Prometeo, 2010, p. 163-180.
- LÓPEZ, Santos. Estudio preliminar sobre el Chacho y su época. In: HERNÁNDEZ, J. **Vida del Chacho**. Buenos Aires: Antonio dos Santos, 1947, p. 9-101.
- LUNA, Buenaventura. Nos hace falta todavía una buena novela de costumbres. **Crítica**, 23 de julio, p. 10, 1945.
- MICHELETTI, María Gabriela. “Facundo Quiroga rehabilitado”. Una aproximación al contexto de producción, repercusiones y aportes historiográficos del libro de David Peña (1906). **Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”**, n. 42, p. 125-153, 2015.
- MONTAGNE, Edmundo. **La guitarra del pueblo**. Buenos Aires: Serantes, 1921.
- PODESTÁ, José. **Medio siglo de farándula (memorias)**. Río de la Plata: Imprenta Argentina de Córdoba, 1930.
- PRIETO, Adolfo. **El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna**. Buenos Aires: Siglo veintiuno, 2006.
- QUATTROCCHI WOISSON, Diana. **Los males de la memoria**: historia y política en la Argentina. Buenos Aires: Emecé, 1995.
- RAMOS, Jorge Abelardo. **América Latina, un país**. Buenos Aires: Octubre, 1949.
- RAMOS, Jorge Abelardo. **Revolución y contrarrevolución en Argentina**: las masas en nuestra historia. Buenos Aires: Amerindia, 1957.
- REALI, María Laura. Al margen de “El Relato”. Circulación transnacional de lecturas revisionistas sobre el pasado en América Latina (1900-1930). **Nuevo Mundo Mundos Nuevos**, julio, p. 1-15, 2016.
- SÁNCHEZ, Santiago J. Ricardo Caballero: nacionalismo y telurismo del Litoral. **Anuario del Centro de Estudios Históricos «Prof. Carlos S. A. Segreti»**, v. 8, n. 8, p. 343-360, 2008.
- SEMOREILE, Carlos, ed. **El canto perdido y los Manseros del Tulum**: Buenaventura Luna y el canto de las tradiciones populares argentinas. Buenos Aires: De la Tropilla, 2008.
- SIRI, Eros Nicola. El cabo Santillán, reliquia viviente del viejo ejército y del teatro nacional. **Sintonía**, n. 229, s/p. , 1937.

VILLAGRÁN, Andrea Jimena. **Un héroe múltiple**: Güemes y la apropiación social del pasado en Salta. Salta: Universidad Nacional de Salta, 2012.

YUPANQUI, Atahualpa. **Confesiones de un payador**. Buenos Aires: Galerna, 1984.

_____. **El canto del Viento**. Buenos Aires: Honegger, 1965.